

dados en el escarpe y niveladas por algún poderoso...
para los puertos en que sobre las albitas mismas que están
sacramiento.
La longitud de los tablones era algo mayor que la
anchura del espacio que mediaba entre los dos peñascos.
Y así se explica la tenacidad de su ondulación y su dirección
en plano inclinado. Formaban con la Douvre mayor un
ángulo agudo y con la base menor un ángulo obtuso.

III.

Estaban un poco en declive pero desahucadamente, lo cual
era un defecto, sin el cual se hubiera dicho que estaban
en disposición de recibir el tablero de un puente.
A los cuatro tablones se adherían cuatro cables de
hierro.

LA OBRA MAESTRA DE GILLIATT ACUDE AL SOCORRO DE LA
OBRA MAESTRA DE LETHIERRY.

lo más atrevido que el motor
de los tablones se hallaba en un extremo del tablero y la
polea simple en el extremo opuesto.
Para separación, demasiado considerable para no ser

Algun tiempo despues, un pescador, que hubiese sido
bastante loco para acercarse en aquella estacion á aquellos
sitios, como premio de su atrevimiento hubiera visto en
los Douvres alguna cosa singular.

Hé aquí lo que hubiera percibido; cuatro tablones
gruesos, igualmente espaciados, que iban de un Douvre
á otro, y entraban como forzados entre los peñascos, lo que
da la mayor solidez posible.

Por el lado del Douvre menor sus estremidades se
asentaban y apuntalaban en los relieves de la roca, y por
el lado del Douvre mayor debieron ser violentamente hun-

Hasta ahora es la intuición de la verdad, que en algunas
ocasiones se manifiesta en un espíritu simple que en un espíritu
complicado.

La ignorancia convierte al ensayo. La ignorancia es un
desvarío y el desvarío curioso es una fuerza que se dirige
El saber descubre en algunas cosas y demanda con
tecnología. Cuando siendo niño, habiendo leído algunas
del caso de las Tempestades. Si Cristóbal Colón hubiera
sido buen cosmógrafo, no hubiera descubierto la América.

El segundo que salió al monte Brant fue un sabio
cazador; el primero fue un pastor. Había una gran
Dijimos de paso que los cerros citados en la descrip-

cion, y nada refieren á la ciencia que sí se encuentra en
esta. En las montañas que se ven en el fondo de la
El ignorante puede hallar, solo el saber extraerlos.

La paz continuaba en la zona del mar.
Hacia el mar la delicia de la vida en el campo.

Recordad que el viento de la vida en el campo.
manera que permaneciese en el primer momento de la vida.
Se trataba de ella y más cuidadosamente la vida en
varios puntos particularmente de la vida en el campo.

coastal. Después de haber estado en la vida en el gran
distinto de la vida en el campo.

Esto gran elemento, que las montañas, se encuentran, toman
dos pies menos que el nivel de la paz. La vida en el
puede pues entrar en la paz.

Pero como hacen en el campo.

LIBRERIA
CALLE DE LA...
N.º 11

LIBRERIA
CALLE DE LA...
N.º 11

didos en el escarpe á martillazos por algun poderoso trabajador puesto en pie sobre la albitana misma que estaba asegurando.

La longitud de los tablones era algo mayor que la anchura del espacio que mediaba entre los dos peñascos, y asi se esplica la tenacidad de su encaje y su direccion en plano inclinado. Formaban con la Douvre mayor un ángulo agudo y con la Douvre menor un ángulo obtuso. Estaban un poco en declive, pero desigualmente, lo cual era un defecto, sin el cual se hubiera dicho que estaban en disposicion de recibir el tablero de un puente.

A los cuatro tablones se adherian cuatro cabrias, provistas todas de su correspondiente ustaga y fiador, siendo lo mas atrevido y raro y digno de notarse que el moton de dos roldanas se hallaba en un extremo del tablon y la polea simple en el extremo opuesto.

Esta separacion, demasiado considerable para no ser peligrosa, era probablemente una exigencia de la operacion que iba á ejecutarse. Los motones eran fuertes, y las poleas sólidas.

Asidos de las cabrias habia cables que de lejos parecian hilos, y debajo de este aparato aéreo de motones y maderaje, la maciza Duranda parecia suspendida de dichos hilos.

Pero no estaba aun suspendida.

Perpendiculares á los tablones, se habian practicado en la cubierta ocho aberturas, cuatro á babor y cuatro á estribor de la máquina, y debajo de éstas, en la carena,

otras ocho. Los cables, descendiendo verticalmente de los motones, entraban en la cubierta, salian de la carena por las aberturas de estribor, pasaban por debajo de la quilla y de la máquina, volvian á entrar en el buque por las aberturas de babor, y subiendo de nuevo y atravesando otra vez la cubierta, pasaban á rollarse á las cuatro poleas de los tablones, donde una especie de palanquin los agarra y hacia con ellos un manojo que se ataba á un cable único y podia ser dirigido por un solo brazo.

Un gancho y una roldana, por cuyo agujero pasaba y se devanaba el cable único, completaban el aparato, y, en caso necesario, lo inmovilizaban.

Esta combinacion obligaba á las cuatro cabrias á funcionar á la vez, y, verdadero freno de las fuerzas pendientes, gobernalle de dinámica en la mano del piloto de la operacion, mantenía la maniobra en equilibrio.

El muy ingenioso ajuste del palanquin tenia algunas de las cualidades simplificadoras de la actual polea Weston, y del antiguo polipasto de Vitruvio.

Gilliatt habia dado con ello, no obstante no conocer á Vitruvio que no existia ya, ni á Weston que no existia aun.

La longitud de los cables variaba segun el desigual declive de los tablones, y corregia un poco esta desigualdad.

Las cuerdas eran peligrosas, porque podian romperse, y hubieran sido preferibles cadenas, pero éstas hubieran corrido mal por las cabrias.

Todo el aparato, lleno de faltas, pero hecho por un solo hombre, era sorprendente.

Nosotros, además, abreviamos la esplicacion. Se comprenderá que omitimos muchos pormenores que aclararian la cosa á las gentes del oficio y la harian para los otros mas oscura.

Lo alto de la chimenea de la máquina pasaba por entre los dos tablonés de en medio.

Gilliatt, sin él presumirlo, plagiario inconsciente de lo desconocido, habia rehecho, á una distancia de tres siglos, el mecanismo del carpintero de Salbois, mecanismo rudimentario é incorrecto, terrible para quien se atreviese á hacerlo funcionar.

Digamos aquí que las faltas mas groseras no impiden á un mecanismo funcionar bien ó mal. Cojea, pero anda.

El obelisco de la plaza de San Pedro de Roma se levantó contra todas las reglas de la estática.

La carroza del czar Pedro estaba construida de manera que parecia deber volcar á cada paso, y rodaba sin embargo.

¡Cuántas deformidades en la máquina de Marly! Todo en ella estaba en falso, lo que no impedia que diese de beber á Luis XIV.

Como quiera que fuese, Gilliatt tenia confianza.

De tal manera contaba con el éxito, que cuando se trasladó á la panza colocó en ambos lados de ella dos pares de argollas de hierro que distaban entre sí lo mismo que las cuatro de la Duranda á que estaban agarradas las cuatro cadenas de la chimenea.

Gilliatt tenia evidentemente un plan muy completo y muy determinado. Teniendo en contra suya todas las probabilidades, queria poner de su parte todas las precauciones.

Hacia cosas que parecian inútiles, señal de una premeditacion atenta.

Su manera de proceder, como hemos hecho notar ya, hubiera desorientado á un observador, y hasta á un conocedor.

Un testigo de sus trabajos que, por ejemplo, le hubiera visto, con esfuerzos inauditos y peligro de desnucarse, clavar á martillazos ocho ó diez de los grandes clavos que habia forjado en el basamento de los dos Douvres á la entrada del desfiladero del escollo, hubiera comprendido difícilmente la razon de semejantes clavos, y se hubiera probablemente preguntando cuál podia ser el fruto de todo aquel trabajo.

Si en seguida hubiera visto á Gilliatt medir el pedazo del costillaje de proa que permanecia unido al buque náufrago, atar despues un fuerte calabrote al reborde superior de la pieza, cortar á hachazos el maderaje dislocado que la sujetaba, arrastrarla fuera del desfiladero, con el auxilio de la marea descendente que la empujaba hácia abajo, mientras Gilliatt la empujaba hácia arriba, y, por último, atar trabajosamente con el calabrote aquella pesada trabazon de tablas y tablonés, mas ancha que la entrada misma del desfiladero, á los clavos hincados en la base de la Douvre menor, el obser-

vador hubiera acabado de desorientarse, y se hubiera dicho que si Gilliatt queria, para facilitar sus maniobras, librar el paso de los Douvres de aquel estorbo, no tenia que hacer mas que abandonarlo á la marea, la cual lo hubiera arrastrado agua abajo.

Gilliatt tenia probablemente sus razones.

Gilliatt, para clavar los clavos en el basamento de los Douvres, sacaba partido de todas las hendiduras del granito, las ensanchaba en caso necesario y encajaba en ellas cuñas de madera en que clavaba en seguida los clavos de hierro.

Hizo los mismos trabajos preparatorios en las dos rocas que se levantaban en el otro extremo del estrecho del escollo, por el lado del Este; llenó de clavijas de palo todas las hendiduras, como si quisiera tener á éstas dispuestas á recibir tambien graponés; pero todo parecia ser una simple precaucion, pues no clavaba en ellas ningun clavo.

Se comprende que, por prudencia en su penuria, no podia gastar materiales sino á medida que los fuese necesitando y en el momento mismo del apremio, lo cual era una complicacion añadida á tantas otras dificultades.

Concluido un primer trabajo, se presentaba el segundo.

Gilliatt pasaba sin vacilar de uno á otro y daba resueltamente esta zancada de gigante.

IV.

SUB RE.

El hombre que hacia tan estrañas cosas se habia vuelto horrible.

Gilliatt, en sus multiplicados trabajos, gastaba todas sus fuerzas á la vez, y las reparaba dificilmente.

Las privaciones por un lado, y por otro las fatigas, le iban estenuando. Estaba flaco. Sus cabellos y su barba habian crecido. No tenia mas que una camisa que no fuese un pingajo.

Estaba descalzo, por habersele llevado un zapato el viento y otro el mar.

Cascos del yunque rudimentario, y muy peligroso, de que se servia, le habian causado en las manos y en los